

Mensajero del Archivo Histórico

Juan Agustín de Espinoza, SJ
de la



Vicerrectoría Académica
Torreón, México. 30-I-2005

Buzón electrónico: sergio.corona@lag.uia.mx

Página web del Archivo: <http://www.lag.uia.mx/archivo/>

Mensajero. UNESCO: Internet resources, publications, periodicals

http://www.unesco.org/webworld/porta1_archives/pages/Internet_Resources/Publications/Periodicals/more2.shtml

Ediciones anteriores del Mensajero:

<http://www.lag.uia.mx/publicaciones/mensajero/catalogo-mensajero.htm>

Mtro. Quintín Balderrama López, sj. Rector
Mtro. Felipe Espinosa Torres, sj. Vicerrector Académico
Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Coordinador del Archivo Histórico

Número 75

ÍNDICE

	página
Noticias del Archivo Histórico	2
Presencia de Saltillo en la población y pacificación de Texas	3
<i>No honrarás a tu padre</i> o la persistencia de la memoria	8
Libros del Archivo Histórico	14
Espiral de violencia	15

Fundador y editor de la revista virtual: Dr. Sergio Antonio Corona Páez Alemania * Argentina * Brasil
Canadá * Colombia * Chile * España * El Salvador * Estados Unidos de Norteamérica * Francia
Guatemala * México * Noruega * Reino Unido * Suecia * Uruguay * Venezuela

Comité editorial del "Mensajero": Sra. Cristina Solórzano Garibay. Lic. Marco Antonio Morán Ramos.
Mtro. Jaime Eduardo Muñoz Vargas. Dr. Sergio Antonio Corona Páez.

NOTICIAS DEL ARCHIVO HISTÓRICO

2005: DÉCIMO ANIVERSARIO

El Archivo Histórico de la Universidad Iberoamericana cumple diez años de fructífera existencia en el 2005. Sin duda alguna, el constante y decidido apoyo de nuestros padres rectores y el entusiasmo del padre David Hernández García, sj, siguen fructificando. Aquellos que hemos asumido la tarea de preservar, acrecentar, investigar y difundir sus acervos de manera directa o virtual, regional, nacional o internacionalmente, o bien, en el aula, cara a cara con las nuevas generaciones que preguntan por el sentido del presente, queremos honrar la confianza de aquellos que nos han encomendado esta responsabilidad.

El Archivo Histórico lleva el nombre del joven misionero jesuita —un criollo zacatecano— que a partir de 1598 introdujo en lo que sería llamada la Comarca Lagunera, la enseñanza oficial del cristianismo por medio de su prédica y la educación formal a través de un colegio: el padre Juan Agustín de Espinoza, sj. La fundación de la misión y pueblo de Santa María de las Parras el 18 de febrero de 1598 marca el inicio de esa larga dinámica de construcción cultural y de identidad propia que continúa vigente en el siglo XXI.

2005: QUINTO ANIVERSARIO

Con el *Mensajero* del mes de marzo, el número 77, esta revista virtual cumple cinco años de existencia ininterrumpida y comenzará el sexto. Efectivamente, la edición 1 del *Mensajero* iba fechada el 30 de marzo del 2000.

Durante cinco años nuestros lectores nos han brindado la posibilidad de llegar a sus oficinas y hogares, bibliotecas y sitios virtuales. Por ello, les compartimos nuestra más sincera gratitud.

PRESENCIA DE SALTILLO EN LA POBLACIÓN Y PACIFICACIÓN DE TEXAS

Dr. Sergio Antonio Corona Páez

Coahuila y Texas constituyen en la actualidad dos entidades federativas, una en México, la otra en los Estados Unidos de Norteamérica. Aunque políticamente distantes, los lazos históricos, culturales y biológicos que las unen son muy fuertes y relativamente poco estudiados, sobre todo en México. No es casualidad que para 1836, cuando Texas se separó de la Nación Mexicana, constituía una sola entidad política con Coahuila. Si el descubrimiento, conquista y población de la Nueva Vizcaya¹ resultó ser una empresa zacatecana, Texas lo fue a su vez neovizcaína.

Y entre los arrojados neovizcaínos que acometieron la tarea de “domesticar” el vasto territorio de Texas merece especial honor la familia Ramón, originaria de Saltillo. Ya hemos mencionado en la edición 47 del *Mensajero* que el sargento mayor Joseph de Morales —hijo de Luis de Morales² y de Juana de Treviño Salazar— casó con Juana de Morales Gutiérrez entre 1647 y 1650 y que trocó su apellido precisamente en esa época, por el de “Ramón”. Los hijos de este matrimonio se apellidaron “Ramón de Morales”.

Uno de los hijos del sargento mayor Joseph de Morales y/o Ramón fue el sargento mayor Diego Ramón. En su “Relación de Méritos y Servicios”, levantada el 12 de octubre de 1703,³ Diego Ramón, ya con el cargo de Teniente de Gobernador de Coahuila, declaraba que “Es hijo del Sargento Mayor Don Joseph Ramón, quien consta asimismo sirvió a Su Magestad toda su vida en aquellas Provincias en diferentes empleos, aviéndose dedicado también con gran zelo a la conversión de los indios infieles, executando diversas salidas a su costa, en que tubo favorabilísimos sucesos”.

¹ La Nueva Vizcaya era en el siglo XVI un enorme territorio que comprendía los actuales estados de Durango, Chihuahua, sur de Coahuila (desde Saltillo hasta lo que ahora es Torreón), Sonora y Sinaloa. En el siglo XVIII le fueron segregadas Sinaloa y Sonora. En 1787 el sur de Coahuila fue agregado a la provincia del mismo nombre. La Comarca Lagunera quedó dividida entre Coahuila y Durango desde entonces.

² El nombre del padre de Joseph Ramón aparece en el testamento de Juan de Morales, su suegro, y a la vez nos percatamos por este documento del uso indistinto que Joseph hacía de los apellidos Morales y Ramón.

³ Archivo General de Indias; Indiferente, 136, N. 135

En este mismo expediente consta que el 23 de febrero de 1702, Joseph de Santa María Maraver, escribano de la Real Hazienda y de la Guerra de la Nueva Galicia, registró una información en la ciudad de Zacatecas en favor de Diego Ramón. En ella se compulsaron diferentes despachos, y consta que desde la edad de 18 años Diego Ramón se había empleado en el Real Servicio, habiéndolo empezado en 1664 de la siguiente manera: el maestre de campo don Joseph García de Salcedo, siendo gobernador de la Nueva Vizcaya, nombró a Diego Ramón capitán de infantería de la gente miliciana de la villa del Saltillo y su jurisdicción el 4 de febrero de 1664, en atención a sus servicios.

Don Luis de Palma certifica en 13 de abril de 1687 que nombró a Diego Ramón capitán de cien hombres de guerra para castigar a los indios enemigos que cercaban a Parras, de la cual Palma era alcalde mayor. Diego Ramón, además de su persona, aprestó 33 hombres a su costa, con sus armas y caballos y diez mulas de silla y carga.

Don Rodrigo Flores de Valdés, siendo Theniente de capitán del Presidio de Coaguila y Justicia Mayor de su jurisdicción, certificó el 1 de octubre de 1687 que se hallaba en gran empeño por haber invadido las naciones rebeldes la misión de Contotores, robando y matando. Pidió socorro a Diego Ramón y se lo brindó con su persona y con la de ocho soldados, que mantuvo a su costa por un mes, habiendo salido a campaña en persecución de los indios rebeldes.

Don Alonso de León, siendo Gobernador de la Provincia de Coaguila y Nueva Extremadura, nombró a Diego Ramón theniente de gobernador y capitán de aquel presidio el 7 de junio de 1688, en atención a sus servicios y acertadas operaciones. También designó a Diego Ramón para que fuese a la Provincia de Tejas con cinco soldados para averiguar qué cantidad de franceses habían entrado a poblarla, qué armas y pertrechos habían llevado, todo a solicitud del conde de Galve. Diego Ramón también hizo la guerra a “don Dieguillo” con ocasión de la sublevación de la misión de Nadadores.

El conde de Gelve, siendo virrey de la Nueva España, lo nombró, el 31 de diciembre de 1691, gobernador y capitán del presidio de Coaguila (al morir Alonso de León) ínterin se nombraba otro con sueldo completo. Sirvió así hasta 1693. Enterada Su Majestad de lo bien que servía en su puesto “de que noticioso Su Magestad, mandó en despacho de quatro de diciembre de mil seiscientos y noventa y quatro al referido señor Virrey conde de Galve, le diese las gracias en nombre de su Magestad, alentándole mucho a que continuasse”.

Para continuar con una sabrosa muestra documental que da cuenta de los servicios que los saltillenses y esta familia en particular prestaron a España, a México y a los Estados Unidos (los tres países aprovecharon sus conquistas y pacificaciones), se presenta a continuación un interesante documento transcrito por nuestro buen amigo José María Ruiz, valioso contacto con los archivos españoles.⁴ Es seguro que Alessio Robles tuvo este documento a la vista cuando escribió sobre las misiones septentrionales y las relaciones políticas entre los franceses y los novohispanos.⁵

“Derrotero del viage que hizo el Capitan Domingo Ramon por la Provincia de los Texas en el año de 1716. En el nombre de la Stma. Trinidad en la Villa de Saltillo, Gobernación de la Nueva Vizcaya en 17 de Febrero de 1716, comienzo el diario y derrotero de la entrada a la Provincia de los Texas, que por mandado del Exmo. Señor Duque de Linares, Virrey y Capitan General desta Nueva España empiezo a executar yo el capitan Domingo Ramon con veinte y cinco hombres de acaballo, que entramos a d(ic)ha. Provincia para guarda y custodia de la Misiones, que se han de poner; de los quales veinte y cinco hombres voy nombrado por dho. Virrey de Cabo, Caudillo.

Salió este dia el Capitan Ramon con toda su gente de la d(ic)ha. Villa de Saltillo; siguió su rumbo, padeciendo considerables trabajos, asi por falta de aguas, asperezas de los caminos y obscuridades que en ellos encontraba. Nada le detubo , pues siguió con el mayor teson la jornada, esforzando a su gente a que no desmayase sin embargo de que en muchas ocasiones aun les faltaban los mas precisos alimentos. Marchó al Nordeste por una tierra llena de bajios y cañadas. Llegó á su presencia el Capitan Dn. Luis de San Dionisio (que tenia aceptación entre aquellos Indios), quien sabia algo su idioma, acompañado de mas de veinte y

⁴ El señor José María Ruiz Ruiz es investigador en el Archivo Histórico Militar de Madrid, diplomado por esa institución en heráldica, uniformología, vexilología y poliorcética, diplomados impartidos por el Instituto de Cultura Militar de Madrid.

⁵ Alessio Robles, Vito, *Coahuila y Texas en la época colonial*, México, Editorial Porrúa, S.A., 1978, pp. 432 y ss. Al parecer, este documento que se presenta corresponde al manuscrito denominado *Derrotero para las misiones de las Provincias Internas* citado por Alessio Robles y que se ubicaba en el Archivo General de la Nación (México), Ramo Historia, tomo 27.

cinco Indios, los mas de ellos Capitanes, á los cuales hizo tender en el suelo sobre unas gergas y puestos en fila, haciendo cabeza Don Luis de Sn. Dionisio, salió a recibirlos con todos los religiosos, y un estandarte con un Santo Christo, y Ntra Sra. de Guadalupe, a los que hablo amorosamente y encontró con nueve arcabuces franceses. Concluido su razonamiento, se levantaron los Indios y fueron abrazando al Don Luis de San Dionisio, y para manifestar su alegria y contento, los nuestros tubieron gran salva de arcabuceria, y los Indios sacaron una pipa grande, que es la que tenian destinada para la paz, la llenaron de tabaco y fueron chupando los Capitanes en primer lugar. La primera chupada la echaron al cielo, la 2ª al Oriente: la tercera al Poniente, la 4ª al Norte y la 5ª al Sur, la 6ª a la tierra, que son las demostraciones de verdadera paz.

Siguiendo en mismo rumbo, salieron a encontrarlos quatro Indios Texas con dos mugeres que estaban matando Zibolas (búfalos), quienes los recibieron con sumo gozo y contento, echándoles los brazos, que es cosa particular entre Gentiles, y lo mismo las mugeres, y mas se alegraron quando les dixeron iban a su tierra a vivir de asiento. Pasaron a delante Lesnordeste acompañandoles estos Indios hasta un Rio que le pusieron por nombre Monte Christi, por haber llegado a el el ultimo dia de su Octava. En la tarde de este dia se presentaron mas de 150 Indios, muchos de ellos Capitanes, y como una legua antes de llegar a ellos, salio Dn. Luis de San Diosnisio a encontrarlos, se apearon todos los Indos a su vista, poniendiose en tres filas, siendo la de en medio de Capitanes. Fueronse acercando a el Capitan Don Domingo Ramon y Religiosos, que con el estaban, llevando por delante un estandarte Real. Llegose primero Dn. Luis de Sn. Dionisio, y se postro de rodillas, lo adoró y abrazo al Don Domingo Ramon y Religiosos, y asu imitación lo hicieron los Capitanes, Indios y demas de su Nación. En accion de gracias se cantó el Tedeum Laudamis, u marcharon a su RI.. Se llegaron muchos Indios con elotes, sandias, melones, tomate de los suyos, y de ellos hicieron un monton a fin de que se tomase quanto se quisiese. El Capitan Ramon mando darles “ Cien varas de Sayal, quarente fresadilla: treinta sombreros, y doce manojos de Tabaco, lo qual recogieron y repartieron entre si. Sin este motivo mostraban gran aficion a las cosas de los españoles y especialmente a lo azul. Juntos todos los Indios el Capitan Domingo Ramon les hizo un razonamiento por interprete,

dándoles a entender los fines que llevaba ir a su tierra. Que eran que sus almas poseyesen de nuestra Santa Ley, y que reconociesen lo temporal por absoluto, y unico Señor a Ntro. Rey y Señor natural Don Felipe V quienles enbiaba en señal aquellos generos por mano del Virrey Duque de Linares. Dijoles asimismo que para su buen gobierno y policia era necesario reconociesen entre ellos un Capitan General, y que asi lo eligiesen a su disposición. Estuvieron un rato hablando, y luego salió un mozo, hijo menor del Capitan Grande que eligieron los españoles (porque siempre eligen al menor, porque diere mas su gobierno) y dixeron lo querian como Capitan General, al qual en nombre de S.M. el Capitan Domingo Ramon, le entrego el baston y aprobó la elección”.



Detalle de la ruta Saltillo-San Antonio de Béjar en el siglo XVIII⁶

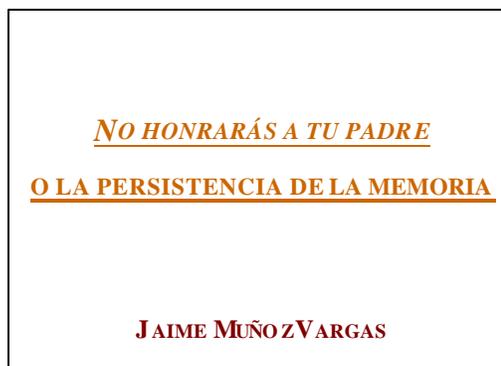
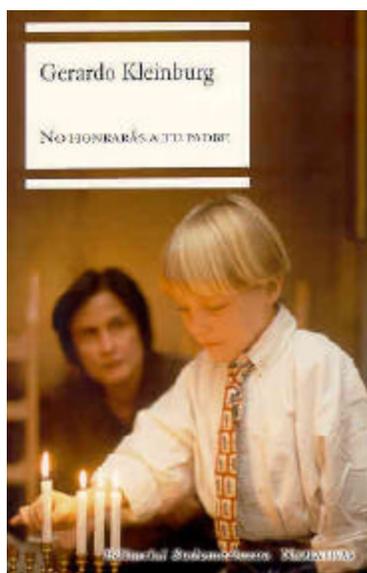
“En este parage se detubieron por celebrar el día de San Pedro, y en el mostrar los grandes regocijos de esta nueva tierra, y por esperar Indios de las Naciones Nazonis y Nacoochehes, que habian de llegar. Salio el dicho Capitan Don Domingo Ramon acompañado de los Religiosos a buscar parage a propósito para fundar la

⁶ Cortesía del señor José María Ruiz y del Archivo Histórico Militar de Madrid.

primera Misión. Se halló muy aparente por elección de los Indios y a gusto del P^a Presidente, en cuya razon se volvieron a dho. su Real.

En el parage destinado para Misión se nombró cabildo, se hizo Iglesia y vivienda. Salieron desta misión que esta fundada 23 leguas mas adentro que donde estubo la primera fundación de los españoles, y fueron a los Indios Nazonis, quienes laes agazajaron, y alli tambien se nombro cabildo, se hizo Iglesia y vivienda. Todos los Indios expresados son de un natural agradable, generosos, y amigos de enseñar su idioma. Con estas diligencias se concluyó lo que habia que haer, fundando quatro misiones, como el Señor Virrey habia ordenado”.

EL MOSTRADOR



En septiembre de 1989, la editorial Joaquín Mortiz publicó un librito titulado *Tríptico* (*tres actos en una ópera*) en su hoy legendaria y al parecer moribunda Serie del Volador. Como casi todas las primeras obras de un autor que recién accede al cuadrilátero editorial, ese trío de cuentos hubiera pasado inadvertido si no fuera porque el Pen Club mexicano le

otorgó, merecidamente, hay que enfatizarlo, el Premio Gottlieb para ópera prima. Exactos quince años después, en septiembre de 2004, Random House Mondadori-Sudamericana han puesto en circulación *No honrarás a tu padre*, el segundo libro de Gerardo Kleinburg (México, DF, 1964), historia que de golpe confirma al autor de aquel lejano *Tríptico* como uno de los narradores más interesantes de la literatura mexicana actual.

¿Y qué contenía el primer libro de Kleinburg? ¿Qué valores apreció el Pen Club para galardonarlo con el Gottlieb? ¿Qué tanto prefiguraba al autor que luego tardaría tres lustros en dar a la imprenta un nuevo fruto de su imaginación? No es ocioso recordar aquí que *Tríptico*, publicado a los 26 de Kleinburg, evidenció virtudes que se fueron acentuando con el paso de los años hasta desembocar en la madurez hoy bien exhibida en *No honrarás a tu padre*. *Tríptico* —dedicado por cierto al lagunero Antonio Méndez-Vigatá— es un volumen con tres historias breves y de suyo originales, pues por primera vez, si mi atrevida ignorancia no me engaña, la ópera constituía el tema central de unos relatos. Compuesto en tres momentos, *Tríptico* es un ejercicio sorpresivo y estimable en tanto obra de un autor cuya juventud no parecía lista para depararle buenos resultados. Recuerdo pues el humor asordado de aquella historia en la que un enamorado de la ópera decide lanzarse de espontáneo —a la más pura usanza taurina— para romper con la mediocridad y la monotonía del trabajo operístico ya ordinario en el teatro de su localidad. O el segundo de los relatos, aquél en el que, con recursos múltiples que van desde la reconstrucción de la vida de Puccini y la incorporación fragmentaria de partituras, se cuenta la obsesión de un operólatra prendado enfermizamente de *Turandot*, obra póstuma del también creador de *Tosca*. O en el último segmento de aquella tríada, la conmovedora historia de dos cantantes retirados que, en un raptó de locura artística, deciden unir talentos, ya viejos y con un chorrillo de voz, para escenificar, frente a una sola testigo, la más grande interpretación vocal de que se tenga registro.

En aquellos tres relatos vi, en síntesis, humor, firmeza estilística, vocación lúdica, erudición, malicia estructural y, acaso lo más importante, emotividad, emotividad sobre todo en el tercero de los trancos, aquel de los viejos que levantan hacia el cielo su escombros músico-vocal para autorregularse la mejor interpretación de todos sus ya de por sí gloriosos tiempos. Pues bien, esas mismas condiciones, pero manejadas ahora con el aliento de un novelista experto, atraviesan las 326 páginas, los dieciséis capítulos de *No honrarás a tu padre*.

En el camino de esta recensión, y conocido ya el mérito de *Tríptico* y anticipada la eficacia de *No honrarás a tu padre*, a los potenciales lectores de este nuevo libro los puede asaltar otra pregunta: ¿por qué han tenido que pasar quince años para que Gerardo Kleinburg haya vuelto a las andadas literarias? No lo sé. Me atrevo a pensar que otras actividades lo raptaron, que ser Director Artístico de la Compañía Nacional de Ópera, que hacer crítica de música culta en revistas como *Pauta*, *Vuelta*, *Viceversa*, *Letras Libres*, en diarios como *El Norte*, *unomásuno* y *Reforma*, o en medios electrónicos como el Canal 22 y en diferentes radiodifusoras, que hacer todo eso y quizá más —como dirigir la Casa del Lago Juan José Arreola desde enero de 2004— lo mantuvo alejado de la creación narrativa. Pero no sé. Lo que sí sé es que, pese al amplio paréntesis y con sólo dos obras de ficción, insisto en colocar a Kleinburg en un nicho especial entre los autores de su generación, la s esentera.

El tema eje de *No honrarás a tu padre* es ostensible prácticamente en cada párrafo de la novela. El personaje narrador, Alejandro Roth, hijo de padre judío y madre “gentil”, se pregunta insistentemente por su identidad, dado que, mucho antes de nacer, su padre lo niega y aquello queda sólo en *affaire* amoroso de su madre o en “error” de dos jóvenes que no podían casarse. Con el paso del tiempo, al entrar apenas a la adolescencia, este niño criado en un ambiente cultural de clase media, católico y deefño, se obstina en un traumático buceo con rumbo a las oscuras aguas de su identidad biológica, étnica y religiosa. La novela se torna, pues, caudalosa navegación en las agitadas aguas de un espíritu aturdido por la carencia de un rostro, el de Pedro Roth, su padre, que a su vez completará el suyo, el de Alejandro. La falta del padre, del padre judío, detona pues en Alejandro una lucha que a su juicio queda sintetizada, cuando ve por primera vez a su progenitor, en la afirmación inicial, y luego recurrente, de toda la novela: “Yo soy la historia del pueblo judío”, dice en función de su semejanza con, baste un ejemplo, Moisés, “el entregado al agua, el alejado del origen, el criado entre los otros, el que conoce las dos religiones y regresa...” (p. 28).

Esta epopeya de la intimidad, como la ha llamado Christopher Domínguez, es a mi parecer uno de los productos más audaces de la narrativa mexicana de reciente hechura. Su autor asume un tema que a simple vista parece pequeño (el hijo de madre “gentil” que no es reconocido por su padre judío), un tema que no da la impresión, a simple vista, de tener capacidad para alimentar una novela de gran envergadura. Gerardo Kleinburg ha

resuelto el problema del agotamiento tramático y dramático con notable solvencia. Observador atento de la guerra que acontece en las vísceras del protagonista, el autor examina y describe minuciosamente cada pliegue, cada milímetro del violento y humanísimo interior de Alejandro Roth. No hay idea, no hay pasión que Roth no desmenuce hasta que sangre. El diálogo telefónico sostenido con su padre es una clara muestra de que para el protagonista no hay punto de sosiego, que la batalla por encontrar el rostro del que lo engendró es *su* batalla, la cristalización de *su* sentido de plena pertenencia al mundo, el obsesivo encuentro con su genuina identidad.

Como el Juan Dahlmann de “El Sur”, acaso el cuento de Borges que más le gustaba a Borges, Alejandro Roth se debate entre dos linajes: por un flanco está su lado mestizo, “gentil”, y, por el otro, el judío que su padre le escamoteó desde el principio, antes incluso de que Alejandro aterrizara en el mundo. Voluntariamente, Roth se niega a perder el lado hebreo de su sangre y en el reclamo de ese linaje está escondido el reclamo al padre mezquino, todo lo cual, contado con la tensión que Kleinburg depositó en estos renglones, da como resultado una novela envolvente, una historia escrita con nerviosa musicalidad hipnótica, con la “sustancia lírica que es el impulso germinal de la musicalidad” que ha creado una obra “supeditada exclusivamente a las emociones”, según observó el también novelista Daniel Sada.

Quizá uno de los méritos sofocados por la originalidad del asunto contado en *No honrarás a tu padre* es el de la técnica empleada para construir la perspectiva del narrador. Debido a la superstición de que el arte siempre debe proponer algún juego formal más o menos atrevido, muchas obras se detienen a jugar con las palabras, a crear estructuras adrede y a veces viciosamente complicadas, a romper con los enmohecidos preceptos de la Real Academia, en fin, a no reiterar un experimento, a buscar nuevos caminos para la expresión. Así, la primera novela de Gerardo Kleinburg emplea con gran acierto y novedad, y no como hueco divertimento, un punto de vista cambiante, movedido. De esa forma, el relato ha sido narrado desde dos perspectivas: la tercera como aparentemente principal y, agazapada tras ésta, la primera, la verdaderamente capital. ¿Es sólo un recurso retórico o esta técnica le añade sentido a la ficción aquí contada? Me parece que ocurre lo segundo, y me parece que este empleo del punto de vista oscilante, pendular de la tercera a la primera personas, es fundamental para ingresar al cogollo de la narración. Trataré de explicar. Alejandro Roth cuenta la historia de Alejandro Roth; el narrador del presente, el

cuarentón que lleva tal nombre, habla de sí mismo, de su niñez y de su adolescencia dolorosas, de su primera adultez, del pasado, en suma. Para hacerlo, no recurre al “yo” como punto de vista dorsal, sino al “él” que crea un efecto de distancia, de alejamiento, de alteridad. El Alejandro Roth cuarentón, en efecto, es el mismo Alejandro Roth niño; es el mismo, sin duda, pero también es otro, como en este pasaje donde reiteradamente es marcado el vaivén de perspectivas:

Ese adolescente, yo, dejaba de serlo en esos instantes. Ese hijo sin padre, yo, percibía aterrado que lo sería para siempre. Ese héroe, yo, sentía cómo mi herida eterna se cerraba por unos instantes. Ese judío imaginario, yo, se sentía gentil. Y ese gentil, yo también, se sabía judío. (p. 93)

El tiempo le permite al adulto bucear en su pasado con la certeza de que, por más que lo niegue, ese pasado tiene ya dos fisonomías: el pasado que fue, el pasado real, el pasado de la niñez, del miedo, de la vergüenza escolar, de las palabras entredichas por su madre, de la búsqueda en la oscuridad, del anhelo desesperado por ver a su padre, ese pasado ya no existe en verdad, por tanto se le puede contar como si fuera ajeno, como si le hubiera ocurrido a otro, en tercera persona. Al mismo tiempo, lo único que le queda del pasado real es lo que su memoria guarda, lo que su memoria selecciona y archiva para siempre, lo que le pertenece y puede contar en primera persona. Por eso el empleo sostenido, del principio al fin de la novela, de la perspectiva pespunteante, indecisa, tan ambigua como la identidad del protagonista. Es la memoria, en resumen, la que persiste y torturara: a unos —como le ocurre a la Ciudad de México, por ejemplo— porque tuvieron y han perdido; a otros, como a Roth, porque no tuvieron y en ellos sigue latiendo, hecha ya recuerdo pero igualmente cruel, la certeza de que no tuvieron cuando más lo demandaron.

No honrarás a tu padre es, termino aquí, una novela que a todos nos puede colocar en el escenario de nuestra memoria personal, lo único que conservaremos al final de las sumas y las restas. Su valor como obra literaria de notable factura me parece irregateable y estoy seguro que ha valido la espera, la maduración paciente, el fecundo silencio de Gerardo Kleinburg.

No honrarás a tu padre, Gerardo Kleinburg, Sudamericana, México, 2004, 326 pp.

Acequias
Universidad Iberoamericana **TORREÓN**

Una publicación del
Centro de Difusión
Editorial de la
Universidad
Iberoamericana
Torreón



uia
TORREÓN

Calzada Iberoamericana 2255 C.P. 27010 Torreón, Coah., México
Teléfono (871) 7 29 11 35 Acequias@lag.uia.mx

acequias@lag.uia.mx

LIBROS DEL ARCHIVO HISTÓRICO JAE

COLECCIÓN LOBO RAMPANTE

pedidos, por favor a: acequias@lag.uia.mx

- 1.- Una disputa vitivinícola en Parras (1679).** Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 2.- Censo y estadística de Parras (1825).** Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 3.- Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 4.- Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII.** Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 5.- Real espejo novohispano. Una lectura de la Monarquía española según documentos del obispado de Durango (1761-1819).** Introducción y notas: Salvador Bernabéu Albert. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 6.- Ataque a la misión de Nadadores. Dos versiones documentales sobre un indio cuechale.** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 7.- Viñedos y vendimias de la Nueva Vizcaya. Los cosecheros privilegiados por la Corona Española en el siglo XVIII.** Sergio Antonio Corona Páez \$ 35.00

Ahora Ud. puede leer estas obras en nuestra biblioteca virtual:

<http://sitio.lag.uia.mx/publico/servicios/archivohistorico/archivo1/ArcHistorico/loborampante/loborampante.htm>

ESPIRAL DE VIOLENCIA

LEONOR DOMÍNGUEZ VALDÉS

Mi idea de escribir un artículo acerca del tema de la violencia no es nueva. En realidad, es un fruto maduro pensado una y mil veces desde hace muchos años.

Evidentemente, las reflexiones en torno al tema de la violencia, cualquiera que fuese su forma de expresión, se activan cada vez que desde una cercanía prudentemente distante, veo, contemplo y analizo sus causas, sus efectos y las eventuales posibilidades de instauración de la paz.

Corría el año de mil novecientos setenta y uno. Yo, una adolescente de catorce años, escuchaba atentísima a un orador que hablaba acerca de la terrible ola de violencia que había hecho su presa del planeta entero.

El orador, el maestro José Porfirio Miranda, hacía alusión a un sinnúmero de nombres y anotaba en el pizarrón las citas de cada una de las obras que mencionaba. Yo fichaba fielmente toda las referencias. Gran parte de las citas me eran familiares, pues por lo menos había escuchado algunos comentarios acerca de los autores en cuestión. Marx, Lenin, Engels, los grandes pensadores de la escuela de Frankfurt, Voltaire, Rousseau, Mao Tse Tung y la Biblia en la versión para los cristianos católicos romanos.

Pero recuerdo haber escuchado con especial atención algunos comentarios relacionados con ciertos personajes de los que nunca antes había tenido noticia. Recuerdo ese instante como de magia en el cual se operó en mí el *insight* al que alude Lonergan en una obra titulada de la misma manera (en el *insight* la conciencia se abre, se dilata, se revela, tal cual lo describe Lonergan, como una especie de operación lógico-matemática). Mientras estaba bajo ese fascinante estado de iluminación, el orador habló de una alternativa para la paz, misma que había sido barruntada mucho antes por un señor que se llamaba Pierre Teilhard De Chardin, a quien habían exiliado en Asia Mayor (China) por su desobediencia a las disposiciones del Papa. Luego escuché por primera vez el nombre de un autor que era obispo en Brasil, Helder Cámara, quien había estado luchando mucho por la justicia y la paz en América Latina y en el mundo.

El obispo Helder Cámara había escrito una obra que llevaba por nombre el título que ahora le he plagiado para ponerle nombre a este garabato. (Le ofrezco una disculpa a

don Helder Cámara por dos cosas: por el plagio y por mi temeridad al pretender siquiera alguna semejanza con su persona). Al término de la conferencia, el Padre Miranda, como debía llamarle a quien después trataría mucho más amistosamente como Joséporfirio, había aceptado ir a casa después de haber dictado su conferencia. Lamentablemente, yo no podría estar en la cena, ya que solamente habían sido invitados algunos matrimonios de amigos de mis padres y la familia del Padre, con quienes siempre hemos mantenido una gran cercanía. De cualquier manera, me las ingeníé para pedir que me contara más acerca de ese obispo del Brasil. Él me prometió que me enviaría algunos libros, y así lo hizo.

La lectura de ese libro en particular habría de marcar un hito en mi existencia. La diferencia entre la posibilidad de entender el origen de toda forma de violencia y la oscuridad en la que se vive cuando no se conoce hace que una se sitúe en una posición diferente frente a los acontecimientos de la vida. La diferencia entre conocer y no conocer, ignorar y saber, estar ciega y ver, permanecer en el extravío y la ausencia de paradigmas y tenerlos, comprender metodológicamente aquello que se mira y hablar, actuar y hacer sin rumbo o derrotero alguno.

La diferencia entre saber que todo en el universo es inconmensurable, interdependiente, amoral y terriblemente violento sitúa al sujeto en su justa dimensión — el hombre no es nada—, sino una insignificante partícula de polvo cósmico que ha sido puesta en el universo.

¿Cuál es entonces la causa de la violencia?, ¿cómo surge?, ¿cómo aumenta?, ¿qué y quiénes la alimentan? Todas esas preguntas me hacía entonces y me las he hecho una y otra vez a través de mi vida y acaso alguna vez he atinado a responder acertadamente a alguna. Ahora, aún cuando sé que sin duda habré de equivocarme en el análisis, me siento urgida, comprometida a "violentar" el teclado, para desde el exilio (incomparablemente menos digno que el de muchos otros) trabajar sin denuedo para romper con la espiral de violencia y construir la paz, derecho inalienable de las mujeres y los hombres de buena voluntad.

Pero la violencia externa surge de un estado de violencia interior, de una vivencia íntima de temor, de miedo insoportable, de inseguridad extrema. El estado de violencia interior es un estado de ausencia de serenidad-seguridad, de ausencia de Dios, por mucho que menea los labios algunos de aquellos que acuden mucho a los templos.

La paz, por el contrario, surge o debería surgir de un estado interior de seguridad plena. Certeza que solamente se obtiene cuando se vive en el instante presente eterno en donde no existe ningún temor posible, porque la vida no es otra cosa que eso, un instante, y la muerte, también. Entonces, ¿a qué temerle?

Cuando la mujer o el hombre viven en la certeza, en la seguridad plena de sus capacidades, de sus potencias y sus limitaciones, no existe el miedo, no existe tampoco la necesidad de ser violenta(o). No obstante, el ánimo toda se siente y se vive violentada cuando su espacio interno es agredido. Entonces, ante la profunda herida narcisista el sujeto lanza un gemido como el de un toro de lidia que muge antes de que la espada del matador le cruce en línea transversal el cuerpo, antes de que el arma le atravesase el corazón, la parte media de los pulmones, el páncreas, el hígado y la vejiga.

Así, la herida narcisista hace que el sujeto se lance como el toro en una heroica embestida final hacia las tablas o hacia el matador quien, sin reparo alguno y en un acto de gratitud, le descabellará con el estoque. La violencia siempre acarrea la muerte y algunas veces hace posible el milagro de la resurrección de las mujeres y los hombres como individuos y de los pueblos como tales. La violencia a veces se sublima y se transforma en creatividad, generatividad y sabiduría y, cuando ésta última está ausente, cuando no hay materia alguna en el cerebro, todo se convierte en amargura, en ira contenida, en fidelidad ficticia, en fobias que se ocultan debajo de supuestas lealtades. Porque al ser humano no le queda más alternativa ante la vida que la de estarle agradecido o bien morir devorado por la envidia.

Las reflexiones anteriores surgen del recuerdo de aquella conferencia y de la lectura que después hice de ese libro del obispo brasileño, amén de algunos otros. No obstante, a los catorce años, si bien yo tenía más posibilidades de ser y hacer que ahora, también tenía mucha menos experiencia y, entre ellas, la experiencia de haberme sentido violentada-violada. Ahora, muchos años después, este pequeño esfuerzo de recapitulación se antoja traspasado por la historia, por la historia de todas las mujeres y los hombres del mundo, por mi historia.

Para el análisis parto del supuesto de que la violencia es una constante universal ante la cual no puede sustraerse nada ni nadie. Así, en nuestra condición de animales "no siempre tan racionales" que habitamos este planeta, siempre estará presente la violencia como recurso obligado ante la necesidad de sobrevivir.

En las sociedades humanas, esta constante espiral de violencia se potencia siempre en aquellos periodos en los cuales hace crisis la economía. Esto se debe al innegable principio de escasez que regula las condiciones de flexibilidad o dureza del tejido social.

A mayor escasez, mayor el debilitamiento de la solidaridad social y la relajación de los principios de la ética personal y social. Esto hace que se establezcan condiciones sociales diferentes. Las instituciones tienden a dar un viraje hacia la derecha, se vuelven más rígidas e inflexibles, tanto que a veces terminan por quebrarse y fragmentarse. El miedo hace presa de la sociedad en su conjunto y se apodera de ella el fantasma de la desesperanza, misma que se ve manifestada en toda la gama de respuestas que derivan de la vivencia de experiencias constantes de frustración.

Cuando la economía se colapsa, la oferta de trabajo disminuye y, con ello, se genera una oferta desmedida de mano de obra. El aprovisionamiento de manos y cerebros está completo y se tienen contempladas todas las contingencias. Existe un ejército de reserva suficiente para reemplazar a los cuadros activos existentes y, aún más, a precios nunca vistos.

Las relaciones sociales al interior de las unidades domésticas de producción (románticamente denominadas *hogares*) se tensan y enrarecen. En las empresas e instituciones basta con mantener un cierto grado de objetividad y distancia emocional para percibir el surgimiento y evolución de un cierto estado de paranoia constante (descrita por algunos clínicos sociales como *paranoia adaptativa*). Los sujetos, unos más, otros menos, se viven perseguidos real o imaginariamente, pero así se viven y se sienten y esto eventualmente acarrea una situación de persecución real, especialmente cuando los sujetos más alterados empiezan a causar alteraciones mayores en el ya casi intolerable desorden imperante.

La lucha por la sobrevivencia se intensifica, las personas luchan por escalar puestos a cualquier precio, luchan por mantener la hegemonía (nuevamente más imaginaria que real). Los hombres mucho más que las mujeres defienden su territorio y libran batallas campales que bien pueden causarles la muerte física o emocional o si no, en el último de los casos, una herida que tardará meses, tal vez años en sanar, o quizá no sane.

Los hombres que una y otra y otra vez ganan las batallas se mantienen aparentemente ilesos, pero subyace en ellos un resentimiento original que se aviva cada

vez que se sienten amenazados. Para estos hombres y mujeres, las experiencias de inferioridad y carencia que se vivieron en otras etapas de la vida, se activan automática y espontáneamente cada vez que se miran a sí mismos ante la posibilidad de ser expulsados del territorio que han conquistado y al que nunca pensaron acceder.

El sujeto paranoide se convierte en perseguidor, es el que rumora "secretos" y rumia el pasado. El mimetismo forma parte del escudo protector de los sobrevivientes, son lo que el medio ambiente les demanda que sean y las más de las veces se convierten en mercenarios.

En la lucha por la sobrevivencia institucional y por la permanencia en "el poder" a como dé lugar, los sujetos se agrupan entre iguales y forman ejércitos y, como en el arte de la guerra, diseñan sus estrategias y tácticas de ataque. Se forman coaliciones y colusiones, mismas que frecuentemente cambian y se reestructuran, al tiempo que cambian y se reestructuran los aparatos de gobierno institucionales.

A un buen analista social y de la conducta humana le resulta fácil observar, e incluso predecir, el tipo de respuesta emocional-afectiva que habrán de presentar las colectividades y los individuos frente a una situación determinada. Con no mucha suerte la analista sabe cómo se mueven los miedos de la gente y cómo ésta reacciona ante la amenaza, misma que nuevamente puede ser real o fantasmática.

Los sujetos que forman colusiones suelen ser destructivos. Destruyen como pueden, destruyen con su inautenticidad, no son sino eso, entes miméticos que aman y odian a conveniencia, aunque en el arte de mantener activas sus tendencias fóbicas son más congruentes.

Otros sujetos, con frecuencia aquellos que aparentemente hacen el papel de perdedores y perdedoras, hacen del fracaso reiterado el camino hacia el éxito. (cfr. Churchill: exordio a uno de sus discursos ante la prensa durante el periodo de la Segunda Gran Guerra Mundial). Estas y estos muestran sus capacidades en cualquier contexto, se mantienen flexibles, no vacilan al perseguir su objetivo y no cesan nunca de intentar. Ahora aquí, ahora allá, la vida les exige a estos individuos hacer de sus capacidades un torrente.

Las y los constructores, emprendedores perpetuos de heroicas y míticas-místicas obras se alían y coaligan para trabajar en la construcción del plan que se han propuesto. A cada día le corresponde una tarea previamente acordada. La formación de cualquier

alianza tiene un objetivo único que consiste en trabajar sin descanso por algo en lo que creen. Todas las disposiciones de gobierno van encaminadas hacia el cumplimiento de la tarea y hacia el desempeño del trabajo que no cansa, porque divierte, entusiasma y dota a sus existencias de sentido. Aquel que tiene un porqué para vivir, puede resistir casi cualquier cómo (Apud: Frankl; *Man's Search for Meaning*; Pinguin Books; New York: 1980).

Las alianzas y coaliciones traen como resultado el éxito en la consecución del o los objetivos. La satisfacción del deber cumplido se reconoce por la nobleza de estas mujeres y hombres que han empeñado sus existencias en el absurdo afán de construir la paz. La paz a toda costa, aún a costa de exponer su mismidad y quedar con toda su animalidad, desnudas y desnudos frente a sus adversarios, mismos que no son siempre imaginarios, aunque frecuentemente si se les han prodigado en abundancia y de forma gratuita.

REFERENCIAS DE CONSULTA

- Aristóteles: *Metafísica*; Espasa Calpe; México: 1983.
- Bergeret Jean: *La personalidad normal y patológica*; Gedisa; México: 1983.
- Buber Martin: *¿Qué es el hombre?*; FCE; México: 1955.
- Chardin De Theillard Pierre: *La visión del pasado*; Barcelona: 1967.
- De vereux George: *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*; Siglo XXI; México: 1977.
- Dor Joel: *Introducción a la lectura de Lacan*; Gedisa; Buenos Aires: 1987.
- Pichot Pierre (coord. general). *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos* Frankl Víktor Emil: *Man's search for meaning*; Pinguin books; New York: 1979.
- Frankl Viktor Emil: *The will to meaning*; Plume books; EUA: 1970.
- Freud Sigmund: *Esquema del psicoanálisis y otros escritos de doctrina psicoanalítica*; Alianza; Madrid: 1991.
- Klein Melanie: *Envidia y gratitud*; Hormé; Buenos Aires: 1984.
- Lonergan Bernard: *Insight*; UIA-México; México: 1999.
- Sánchez Díaz de Rivera María Eugenia (coord. general): *Interioridad y crisis del futuro humano*; UIA-Puebla; México: 2000.
- Xirau Ramón: *Introducción a la historia de la filosofía*; UNAM; México: 1987.